FF 50 271

Hola, buenas noches. ¿Qué tal están? Nosotros encantados de estar un miércoles más con ustedes en Revista de Filosofía. Revista de Filosofía es un programa de la Facultad de Filosofía de la UNED que coordinan los profesores Francisco José Martínez y Antonio García Santes Mases.

Como ya les anunciábamos la semana pasada, hoy contamos con la presencia de los profesores de la UNED Francisco Martínez, Antonio García Santes Mases y Carlos Gómez. Precisamente este último ha participado en un libro del que nos hablarán esta noche. El libro se titula Diez palabras claves en ética y en él se desarrollan conceptos fundamentales de la ética contemporánea, tratados por distintos especialistas en este tema.

Carlos Gómez ha escrito el artículo dedicado al análisis de la conciencia moral y en él da un repaso histórico y crítico de la noción de conciencia. Pero dejemos ya que sean ellos los que nos cuenten. Buenas noches.

Buenas noches. Hoy en el programa de Revista de Filosofía vamos a comentar un libro que ha salido últimamente en la editoría Al Verbo Divino, coordinado por la Catedrática de Ética de la Cortina de la Universidad de Valencia, y en el cual hay un artículo de Carlos Gómez, profesor de ética de esta casa. El libro es un libro que se titula, como ya he dicho, Diez palabras claves en ética.

Está dentro de una serie de libros que intentan reducir o plantear los elementos claves de una disciplina, de una temática, en una serie de conceptos encargados a una serie de especialistas. El índice de este libro, que hace un repaso de algunos de los conceptos fundamentales de la ética contemporánea, tiene autores, prácticamente casi todos los autores de la ética contemporánea española. Entre ellos está el artículo de Carlos Gómez, dedicado al análisis de la conciencia moral, que es el que va a centrar nuestra intervención.

Pero también hay otros artículos, por ejemplo, el de deber, de Domingo García Mazá, el de felicidad, de Agustín Domingo, el de justicia, de Emilio Martínez Navarro, de libertad, de Domingo Blanco, la propia de la cortina, un análisis de la razón práctica, y valor, lo trata Amelia Barcácel, y por último, virtud también, nuestro compañero del Instituto de Filosofía, Carlos Tibo. Hay un tercer Carlos, que es Carlos Díaz. Bueno, sí, lo que pasa es que Carlos Díaz lo he debido de eliminar en una especie del absurdo freudiano.

Bien, entrando ya en el tema de la conciencia moral, que claro, es un elemento realmente esencial, que no en vano, aparte de la ordenación más o menos alfabética, al haber empezado por la conciencia, pues es un elemento esencial, porque parece ser que sin conciencia no hay moral, ¿no? O sea, que en este plan, ¿cuál...? Y a veces con conciencia tampoco. ¿Cuáles son los hitos fundamentales de tu artículo? Que aquí tú lo pones en tres capítulos o tres subcapítulos, una historia de la noción de conciencia, dos teorías sobre la génesis de la conciencia moral, y

por último, autonomía y universalidad en las éticas discursivas, conciencia y disidencia. En la historia de la noción de conciencia, ¿qué análisis haces? ¿A dónde te remontas en el análisis de este concepto? Por remontarme, si no te importa, yo me quisiera remontar previamente, antes de pasar a contestar o intentar contestar algo de lo que me preguntabas.

Hacer un pequeño comentario en la línea que tú hacías sobre el libro en general, si no te importa. Sí, puede ser previo. Quería únicamente subrayar que, bueno, creo que esta serie de libros que están saliendo tienen la utilidad, no de resolver las cuestiones, porque son cuestiones que arrastran toda la historia de la filosofía, pero sí de hacer una presentación de los problemas tradicionales y clásicos, un poco a la altura de nuestro tiempo, y que puedan dar al lector una cierta idea de cómo, por dónde se pueden hoy plantear.

Creo que ese es el interés que el libro tiene. Y bueno, pues al ser una obra colectiva, quizá también lo importante es recoger tradiciones y aportaciones de muy diversos signos. Me parece que entre las diez personas que hay, hay una serie de elementos quizá comunes, pero hay también elementos claramente divergentes, cada uno es hijo de su padre y de su madre ideológicamente ahí.

Y bueno, son profesores de diversas universidades los que han colaborado. Domingo Blanco trabaja en Granada, Carlos Tibón en el Instituto de Filosofía, Adela Cortina en Valencia, Amalia Balcarcel en Oviedo, yo estoy en Madrid, en la UNED. Bueno, me parece que ese es uno de los intereses que puede tener el libro, ya que desgraciadamente no hemos podido contar con todos los autores.

Esperanza Guisán está en Santiago de Compostela. Y bueno, yo quería, antes de comentar únicamente mi artículo, pues completar tu presentación, que me ha parecido muy bien, pero completarla en este sentido, ¿no? Lo de la conciencia. La historia, ¿o sea? Sí, porque es central, claro, yo creo que el problema de la noción de conciencia es central en nuestro momento por una doble situación en la que ese concepto se encuentra, ¿no? Por un lado parece que efectivamente, como tú decías, inconsciencia moral, lo que los alemanes llaman Gewissen simplemente, es decir, la conciencia moral es central para la vida moral, y yo diría, no hay moral sin conciencia.

Todo lo que se pretenda remitir desde el mundo moral a elementos sin conciencia solamente puede ser analógicamente, es decir, cuando hablamos de la moral del Estado, esa poca, la moral del Estado existirá o no, tendrá mucha o poca, pero en cualquier caso es un término que sólo analógicamente se puede emplear. Cuando hablamos de la moral de los grupos, pasa otro tanto. Los grupos pueden influir en las decisiones morales, a veces tienen elementos determinantes para esas decisiones morales, pero obviamente, yo aquí me remitiría al que más lo ha defendido en nuestro panorama filosófico, que es Javier Muerza, la ética tiene una fuente irreductible, que es el individuo, lo cual no quiere decir únicamente, pero eso hay siempre que aclararlo, que ontológicamente haya sólo individuos, no se trata de un individualismo ontológico, además de individuos hay grupos, hay relaciones, hay procesos, hay estructuras,

eso no hay que olvidarlo, y que las estructuras nos determinan y son un factor de la realidad.

Pero la fuente última y exclusiva, yo diría, de la moralidad es el individuo, en cuanto que es el individuo el que puede actuar de una manera responsable, de acuerdo con el deber o no, y en ese sentido parece que la conciencia es un elemento central en la moral. ¿Qué es lo que sucede? Que nos encontramos en una situación paradójica porque si no todo el grueso de la filosofía moral contemporánea, o un buen trecho de ella, ha sido precisamente una crítica de la noción de conciencia. Habría que decir, quizá no sólo una crítica de la noción de conciencia, sino quizá más bien ha sido una crítica de la filosofía de la conciencia, que no es exactamente lo mismo, no es lo mismo criticar la filosofía de la conciencia, que lleva a una serie de problemas ontológicos y metodológicos, un solísimo del que parece que no se puede salir.

Una cosa es la crítica a la filosofía de la conciencia y otra es la crítica a la conciencia. Pero, de alguna manera, ni de unider. ¿Cuáles han sido los elementos de esa crítica? Bueno, yo creo que habría algunos fundamentales, ¿no? En el siglo XIX estaría la famosa tríada que Ricker llamó como filosofía a la sospecha.

Es decir, Marx, Nietzsche y Freud. Luego podemos entrar algo más detenidamente en eso, si nos parece. Pero los tres, aun desde supuestos distintos, hacen una crítica muy fuerte de la noción de conciencia.

Destacan elementos inconscientes determinantes, ¿no? Destacan elementos inconscientes, no en el sentido freudiano, sino no conscientes. Es decir, remiten el discurso de la conciencia a una infraestructura subyacente, bien sea una infraestructura subyacente de relaciones económicas en Marx o de pulsiones en Freud, o de la voluntad de poder, o de los instintos en Nietzsche, ahí sería más difícil de determinar. Pero, de alguna manera, quitan la primacía que la conciencia había tenido.

Y a esa tríada de la filosofía de la sospecha del XIX se unen en el siglo XX, por lo menos, dos grandes críticas a la conciencia también. Por un lado, el estructuralismo. El sujeto no es el elemento determinante, sino que más bien el sujeto es un efecto de las relaciones y de las estructuras, de Lacan a Lévi-Strauss o a la gramática estructural que nace a partir de Ferdinand de Saussure.

Y, por otro lado, la crítica a la noción de conciencia que ha realizado lo que Richard Rorty llamó el giro discursivo o el giro lingüístico de la filosofía. Con lo cual, yo creo que el concepto era importante analizar precisamente por esa doble situación. Parece que sin noción de conciencia moral no podemos hablar de ética.

Y, por otro lado, esa noción ha sido sometida a un fuerte debate. Entonces, habría que ver cómo es posible recuperar la noción, si es que lo es, de alguna manera, y cómo se podría resituar después de esa discusión. Eso es lo que yo trataba en la parte final de la historia, en la noción de conciencia, y ahora procuro contestar a lo que directamente me preguntabas al final de tu intervención.

Bueno, a mí me parecía que una noción tan amplia en un artículo, en cualquier caso breve, aunque luego salió más largo de lo que yo pensaba, pues indudablemente tienes que escoger qué dices. Y yo pensé que era útil, primero, trazar una historia de la noción, que nos diera una idea de cómo la problemática se había tratado en la filosofía clásica. Después, hablar de dos teorías sobre la génesis de la conciencia moral, me parece que son las dos más importantes e influyentes en el siglo XX, por un lado la psicoanalítica, y por otro lado el cognitivismo de Piaget y Colbert.

Y, por último, ver cómo la noción de conciencia había sido tratada en las éticas discursivas. Y, bueno, la polémica sobre la disidencia ética, que en nuestro país ha tenido una importancia reciente bastante notoria en torno a toda la cuestión de, por ejemplo, la insumisión, aunque no solamente la centra ahí, pero quizás la que más ha saltado a los medios de comunicación. Han sido los tres elementos que yo quería coger.

Hombre, la noción de conciencia se puede remontar a fuentes muy antiguas, a fuentes quizás más griegas que judio-cristianas. En los pitagóricos, en el pensamiento órgico, sobre todo en los estoicos, surge claramente la noción de conciencia, como una voz interiorizada, o la voz del maestro, que ya he interiorizado. En el pensamiento judío no existe el término, en cuanto tal, aunque sí existe la noción que viene a ser sus veces.

Y después la noción de conciencia fue adquiriendo una importancia relevante en discusiones medievales, importantes algunas. Por ejemplo, las de Abelard, donde defiende la importancia de la conciencia, aunque esa conciencia fuera errónea, porque si cuando obramos mal creyendo que hacemos bien, pues parece que obramos moralmente bien, también sucede lo contrario, y ahí se da una importancia decisiva a la conciencia. Conciencia que se puede informar, que puede no haberse querido informar, esas serían ya las dobleces de la conciencia, pero en definitiva la instancia última a la que se nos remite es la conciencia.

Quizá un poco olvida un análisis demasiado tomista por parte de la escolástica, pero que toma un peso decisivo a partir de Lutero, cuando Lutero rechaza la autoridad, tanto imperial, de Carlos V, como la autoridad del Papa, lo que hace Lutero es remitirse a la voz de su conciencia, y esa tradición es la que recoge, en definitiva, Kant, que es el que funda, o el que está en el pórtico de todas las discusiones de la ética contemporánea. Y después de ese análisis es en el que yo pasaba a hacer las críticas contemporáneas que antes anunciaba. Es interesante ver que en esas críticas hay, como ya has aludido, siempre una cierta ambivalencia entre la conciencia, digamos, cognia en sus aspectos más cognitivos, y la conciencia en sus aspectos morales.

Lo cierto es que, claro, la crítica, y además las dos críticas que tú analizas, son críticas basadas en cierta manera en la lingüística. Es decir, parece que, como ya decía Foucault, parece que en el pensamiento occidental no se ha podido dar al mismo tiempo la noción de hombre y la noción de lenguaje. O sea, que cuando la noción de lenguaje ocupa el primer puesto, la noción de hombre, o de hombre con todas las connotaciones humanistas, individualistas, pasa atrás.

Y, claro, eso se ve en tu crítica, porque, claro, el estructuralismo, con toda la ambigüedad y toda

la pluralidad, en realidad el estructuralismo nunca ha existido, porque nadie se ha reconocido estructuralista, etcétera, etcétera. Y luego la filosofía de Cortán-Glosajón, que recoge, digamos, la otra línea del giro lingüístico, ambas se caracterizan por colocar en el centro la reflexión al lenguaje, y en consecuencia devaluar al hombre, devaluar al individuo, devaluar al ser humano, como no tanto realmente, es decir, no tanto como ontológicamente, digamos, sino como fundador, como fundante. Porque hay que tener en cuenta, claro, que cuando se rechaza, no se rechaza la conciencia, no se rechaza fenomenológicamente que cuando actuamos en primera persona, actuamos nosotros.

O sea, no se rechaza eso, sino se rechaza que eso sea originario. Es decir, que cuando dicen que somos efectos del lenguaje, o cuando somos portadores de la estructura, como decía el Tusser leyendo a Marx, o de alguna forma a Heidegger, que somos hablados por el lenguaje, o somos efectos del lenguaje en la versión lacaniana, o los analíticos se ocupaban de disipar el fantasma esa de la conciencia como el fantasma dentro del castillo y todo esto, ellos, claro, obviamente no rechazan la fenomenología, pero rechazan que eso sea lo fundante, que eso sea lo originario. Es decir, que eso que se ve sea lo primero, sino que es algo segundo respecto a estructuras previas y tal.

Pero es curioso esta imposibilidad de pensar al hombre y al lenguaje al mismo tiempo. Hombre, yo creo que ahí marcas una tensión importante que efectivamente tú lo has subrayado muy bien, ¿no? Son diversos polos que se pueden señalar en cada momento y efectivamente si cogemos el lenguaje, que siempre es algo que nos precede, en el cual nosotros accedemos de alguna manera efectivamente al ser, pues parece que el hombre sería un efecto de estructuras lingüísticas que están ahí y que cuando creemos que estamos hablando, más bien somos un efecto de ese lenguaje, estamos siendo hablados por el lenguaje. Esto a mí me parece que el discurso psicoanalítico lo ha puesto de alguna manera muy claro y en algunos ejemplos, incluso clásicos de Freud, se ha puesto a ver muy bien.

Ahora, ¿qué es lo que sucede? Tú dices la conciencia no sería lo originario. Depende en qué sentido creo que se podría plantear. Originario genéticamente no.

La conciencia no es lo primero. Genéticamente la conciencia es un producto tardío. Ahora, si es lo primario respecto al sentido de atribución de posible responsabilidad o no de una acción, entonces sí parece que es lo primario.

Es decir, no es lo primario en el orden de la aparición, pero sí sería lo primario en el orden relevante de la imputación moral. La cuestión sería si efectivamente la conciencia logra o no una cierta autonomía respecto a los procesos que la determinan. A mí me parece que, aunque la polémica de determinismo o azar o indeterminismo es una polémica, en última instancia, metafísica en el peor sentido del término metafísico.

Es decir, una polémica irresoluble, en última instancia quizá. Me parece que no tenemos elementos... Bueno, esto ya está en Kant de alguna manera. La polémica respecto a la libertad quizá sea irresoluble para la razón teórica.

Tengo la conciencia de que soy libre, pero que eso quizás es un espejismo y no puedo acabar de demostrarlo. Sin embargo, a mí me parece que, independientemente de que la polémica sea en última instancia irresoluble, sí podemos contar con algunos elementos, que serían, en la medida en que me doy cuenta de las determinaciones que influyen en mí o que me actúan, me libero de ellas. Y en ese sentido, yo diría, paso a gozar de una cierta autonomía.

Es decir, tomar conciencia de las determinaciones que me actúan, o que actúan a través de mí, supone también liberarme de ellas. Ese es el proyecto, en definitiva, jabermasiano, en donde diría comprensión y emancipación se funden, por ejemplo, en la práctica psicoanalítica. Cuando cobro conciencia, cobrar conciencia que tendría que suponer también una serie de dinamización de procesos afectivos, no consiste solamente en la enunciación del problema.

Pero en la medida en que cobra conciencia, en ese sentido amplio, de las patologías que me atraviesan, ahí la comprensión va directamente ligada a la emancipación, y razón e interés confluirían. Entonces supone que tendríamos una cierta capacidad para también reobrar sobre las estructuras de las que he dicho que me determinan. Yo señalo ahí una cita de Marx, muy brevemente, porque de Marx apenas hablo, que es la tesis tercera sobre Feuerbach, en la que dice, quizá uno de los momentos más dialécticos de la obra de Marx, en que cuando se insiste en que el hombre es un producto de las circunstancias y de las estructuras que le determinan, no se debe olvidar nunca que las circunstancias se hacen modificar por los hombres, y que el educador necesita también ser educado.

Es decir, ahí Marx hace una lectura, me parece, dialéctica de ida y vuelta, en ese sentido, en donde es verdad, en uno de los momentos de la afirmación que somos un producto de circunstancias, pero también lo sería que las circunstancias las podemos hacer cambiar nosotros en un sentido u otro. Y esa polémica ha atravesado, de alguna forma, toda la relación del marxismo con la ética. Por un lado son estructuras que hacen avanzar el proceso social, con leyes más o menos inherentes al desarrollo por ejemplo del capitalismo, pero por otro lado siempre hay una tensión, una llamada, una apelación a la conciencia revolucionaria, que se supone que puede incidir sobre el proceso y que entonces ese proceso no es puramente ciego, sino que los hombres, dicho en el lenguaje blogiano, somos los guardagujas de la ruta que el tren va a tomar, es decir, la conciencia ahí tendría algo que decir sobre procesos que entonces no serían completamente ciegos.

Bueno, en ese sentido sería en el que a mí me gustaría, de alguna manera, retomar la noción de conciencia. No en el de que la conciencia sea algo que surge independientemente de las mediaciones pulsionales, biográficas, socio-históricas, eso me parece que es la filosofía de la conciencia en su peor sentido. Es decir, la razón y la conciencia están mediadas por nuestra constitución social, biológica, pulsional, pero ese estar mediada no la reduciría a ser un puro efecto, o en la medida en que tomo conciencia las determinaciones, me libero de ellas y, bueno, pues parece que ahí mi conciencia fenomenológica de que soy libre para obrar en un sentido u otro, podría coincidir con el análisis en tercera persona que puedo hacer sobre mí mismo, en cuanto que me puedo dar cuenta que puedo estar determinado, pero al tomar esa conciencia

parece que yo también puedo obrar sobre esas estructuras que me determinan, o en cualquier caso el lenguaje moral que empleamos, del que parece que no nos podemos acabar de bajar, que no nos podemos acabar de apear, pues parece que nos lleva a mantener un elemento, todo lo condicionado que se quiera, pero irreductible de la conciencia.

Cuando hago juicios de condena moral sobre movimientos políticos o sociales, y me parece que son juicios de los que no me puedo acabar de desprender, o la especie humana no se ha acabado de desprender, pues parece que estamos apelando a que no todo el mundo puede considerarse como un puro efecto, que de alguna manera somos, en cierta medida por lo menos, responsables de lo que hacemos, y me parecería difícil evitar ese lenguaje sin incurrir en contradicciones, porque también cuando lo traslado de un lenguaje moral a un lenguaje político, sobre ese lenguaje político puedo hacer también una crítica moral en el sentido que no me refiera solamente a los procesos de gestión o de técnica, sino a los fines a los que aspire, y sobre todo si lo empleo cara al futuro. Es decir, empleado cara al futuro, respecto a lo que debo hacer mañana, o pasado mañana, yo no podría decir creo, a no ser incurriendo en contradicciones me parece que bastante evidentes. Sé que estoy determinado, pero no me cabe otra manera de obrar, y entonces pues aunque creo que no debo obrar así, voy a obrar así porque estoy determinado.

Creo que eso nos es inaseguible en nuestra experiencia moral cotidiana, y bueno, que quizá ahí esa experiencia no sea completamente ingenua, y que a pesar de las críticas podemos recobrar una cierta dimensión de ese concepto, pero me imagino que tú tendrás, y me interesaría mucho, bastantes críticas, o por lo menos planteamientos divergentes a hacer, y quizá fuera importante. No, en eso curiosamente, y ya muy brevemente porque acabamos, yo en esto estaría de acuerdo, en el sentido en que el discurso moral es un discurso en primera persona, y en primera persona no se puede decir sin caer en mala fe, como decía Sartre, y recuerda Javier, que no pude hacer otra cosa que la que hice. Es decir, que en última instancia parece que en lo relevante, que es la primera persona, ahí es obvio que hay una especie de imputabilidad y de responsabilidad, porque aunque sabemos que estamos determinados, pero podemos situarnos respecto a nuestra determinación.

Puedo aceptar la determinación diciendo que bien, estoy determinado, o bien, a pesar de estar determinado y de no poder evitarlo, al menos pataleo, es decir, al menos lucho, es decir, que incluso respecto al determinismo podemos protestar, o sea, podemos no aceptarlo, o bien, podemos decir pues muy bien, adelante, es decir, que yo creo que el elemento en la primera persona es ineliminable. Pero bueno, vamos a dejarlo aquí ya por cuestiones de tiempo, y seguiremos tratando este interesante libro la próxima semana de nuevo con nuestro compañero Carlos Gómez. Muchas gracias, buenas noches.

A ti. Bien, pues ya les han oído. La próxima semana continuaremos con este interesante tema, el análisis de la conciencia moral.

Por si quieren leer el libro en el que el profesor Carlos Gómez desarrolla este tema, les

recordamos que su título es Diez palabras claves en filosofía. Está publicado en la editorial Verbo Divino y ha sido coordinado por Adela Cortina, profesora de ética de la Universidad de Valencia y, por cierto, reciente finalista del Premio Nacional de Ensayo de este año. Muchas gracias por haber estado con nosotros.

Les esperamos aquí en Revista de Filosofía el próximo miércoles, como siempre, alrededor de las diez de la noche. Les dejamos ya en la compañía de Isabel Baeza y la programación de hoy para el curso de acceso. Buenas noches.